



ernando REINLEIN

ERAN las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde. Felipe González, raje gris cruzado y corbata rayas, con los folios de su discurso en las manos, se dirigió al podium, un escanón más bajo que la presidencia del Congreso, que ostenta Peces-Barba. En ese momento cesaron los murmullos y se hizo un silencio que duraría exactamente una hora y doce minutos, el tiempo de la exposición del líder socialista.

Felipe González apoyó las manos en la mesa. Esa sería la postura firme que no abandonó durante toda la exposición, salvo para pasar las hojas. No bebió agua. En un tono monótono y concreto —sólo se dejó llevar por la emoción al final de su intervención, cuando se refirió a los hombres y las mujeres de España—, Felipe González comenzó por referirse a los tres principios básicos del Gobierno socialista: paz social, unidad nacional y progreso.

En el hemicycle, los diputados habían preparado sus bloques de notas y sus plumas. En las tribunas de prensa e invitados, también. El banco azul se encontraba integrado por penúltima vez por los miembros del Gobierno de JCD. Los «ministros» —no diputados— del Gobierno socialista ocupaban puestos en las tribunas.

Al hablar de «paz social», Felipe González acuñó el término de seguridad ciudadana como más completo que el de orden público, en una intención de ir más allá, de abarcar todas las vertientes sociales. La *unidad nacional* no fue, en boca del líder socialista, una oportunidad para la concesión, sino un objetivo real que hay que alcanzar desde la singularidad de los pueblos de España, de «la singularidad de ese mundo que llamamos España».

El *progreso*, tercer pilar del Gobierno socialista, se explicitó en el discurso de Felipe González en los términos *igualdad y dignidad*, en la lucha contra las diferencias. Y tuvo lugar para lanzar una velada acusación a los grupos sociales que pretenden potenciar esas diferencias para defender sus intereses sectoriales.

Curvas del camino

Pero lo que parecía que se iba a convertir en una mera exposición de buenas intenciones cambió a los pocos minutos de la intervención del futuro presidente de Gobierno. Porque en esos momentos aparecieron las «curvas del camino», que no fueron hurtadas por Felipe González, sino más bien minuciosamente referidas.

Estas cuatro «curvas en el

El hombre como valor supremo y la defensa de la libertad fueron los conceptos que planearon ayer durante la hora y doce minutos de discurso de Felipe González, quien hizo ayer su oferta de gobierno para los próximos cuatro años. Una intervención lenta, monótona y densa, sin concesiones a la demagogia, fue la que realizó ayer el futuro presidente de Gobierno. Una intervención en la que la aridez de los temas económicos desapareció por arte de la emoción contenida al hablar del drama del paro y que sólo hizo cambiar la expresión serena de Felipe González cuando se refirió a los ciudadanos sencillos, a los que pretenden ilusionar los socialistas todos los días al «hacer el camino».



Felipe González habló ayer durante una hora y doce minutos.

El candidato ofreció a la Cámara su proyecto de gobierno para los próximos años

El hombre y su libertad son los valores prioritarios de Felipe

camino», según su propia expresión, son la *lucha contra la crisis económica y el paro, la lucha por una sociedad más libre e igualitaria, la reforma de la Administración del Estado y la proyección exterior de España*.

Antes de entrar en estos terrenos, difíciles y ásperos algunos de ellos, González quiso hacer una precisión. Colocar al hombre por enci-

ma de cualquier otra consideración y a los bienes materiales a su servicio.

Y entró de lleno en los desequilibrios, también cuatro: el paro, la inflación, el déficit en la balanza de pagos y el déficit de la Administración Pública. Sería la parte de su intervención más monótona, dentro de la monotonía, más áspera. Esos cuatro retos tuvieron tratamientos muy dife-

renciados. Las expresiones técnicas, poco entendibles algunas para el profano que acompañaron al tratamiento de la inflación, y los déficit en la balanza de pagos y la Administración Pública, fueron sustituidas por otras llenas de calor humano cuando se refirió al paro, con todo su dramatismo y crudeza. «Queremos vivir el problema como lo viven ellos» diría Felipe González,

al referirse a los dos millones de parados que hay en España. Porque el paro es para el líder socialista, algo más que un problema económico y alcanza las «raíces de lo humano».

Antes de terminar con este área, Felipe González no quiso hacer concesiones a la demagogia. «No hay caminos fáciles —dijo— pero las soluciones existen.» Y pidió esfuerzo, trabajo y tenacidad.

Política social

A las cinco y diez de la tarde entró de lleno en los terrenos de la política social. Y en este capítulo se refirió más a la necesidad de lograr resultados. Tuvo palabras para los jóvenes, la tercera edad, las mujeres y también en refirió a los marginados. No olvidó a los ecologistas, «que no son más que el resultado de la sensibilidad humana hacia su entorno».

La educación, como parte de la cultura, tuvo un denominador común en el discurso de Felipe González: la necesidad de participación de todos y la potenciación de la investigación. Y, una vez más, la supremacía del hombre como valor supremo, volvió a aparecer en las palabras del líder socialista.

La seguridad

A las cinco y veinte de la tarde, Felipe González entró en un terreno esperado, con cierta expectación, la seguridad del Estado. «Seremos rigurosos con quienes quieran violentar la Constitución», dijo Felipe, quien ni tan siquiera en ese momento se permitió cambiar el tono monótono de su voz ni la postura fija de sus brazos. Fue un no rotundo al *terrorismo*, al *chantaje* y a la *involución*.

Y entró de lleno en la necesidad de dotar a las Fuerzas de Seguridad del Estado, la de reformar la justicia y por ese camino llegó al de la reforma de toda la Administración, en todas sus áreas, «porque los defectos humanos no son fallos personales, sino fruto de las desmoralizaciones de los funcionarios ante un sistema deteriorado».

Cinco minutos más tarde pasó por el tema autonómico y se refirió a la segunda fase de su proceso que comienza con el Gobierno socialista y que se propone conciliar las autonomías con el Estado de todos a través de un programa legislativo. Para llevar a cabo este proyecto y el de un nuevo modelo de Administración Pública lanzó su mano a los grupos políticos y anunció la intención de los socialistas de buscar un acuerdo institucional para la elaboración de estas leyes.

Tal vez en ese momento, Adolfo Suárez recordase un viejo término acuñado cuando él se sentaba en el

sillón de la Presidencia: los pactos de la Moncloa. Ese proyecto incluye, según aseguró Felipe, la reforma de la Administración Local.

Política exterior

Cuando Felipe González atacó la política exterior, en las tribunas de invitados algunos observadores se movieron en sus asientos y echaron mano del papel y el lápiz. Y no se vieron defraudados en su interés. Felipe González aseguró que el Gobierno socialista haría frente a sus responsabilidades contraídas con el pueblo español. La traducción literal de esta expresión fue clara: habrá referéndum sobre la OTAN, aunque el líder socialista se cuidó muy mucho de entrar en plazos, calendarios ni para parecido.

La política exterior socialista se basará en los principios de cooperar para hacer posible la paz y la distensión, según explicó Felipe González, quien se refirió a Portugal, Francia, el Magreb y el Mediterráneo, a la vocación occidental de España, a su presencia en Europa, a los compromisos con Iberoamérica, a Gibraltar, para terminar resaltando la necesidad de que España coopere en el proyecto colectivo de *paz, desarme y nuevo orden económico*.

Faltaban diez minutos para el final, cuando el líder socialista entró en el terreno de las conclusiones. Y lo abrió con el deseo de conceder capítulo a parte a la defensa nacional y a las Fuerzas Armadas en particular. Resaltó su confianza y solidaridad con los Ejércitos, cuya honrosa actuación no se empaña por los grupos minoritarios. Y también destacó el papel del Rey, para terminar proclamando su fe en el futuro.

El discurso tocaba a su fin y Felipe González dijo que había percibido que su oferta al pueblo español podía ser similar a las que presentasen otros grupos políticos. Pero, sin embargo, según el líder socialista, los diez millones de votos demuestran que la sensibilidad del pueblo español ha sabido entender que son ellos quienes pueden convertir las palabras en realidad. «Otras podían haberlo hecho, pero nosotros lo haremos», sería la frase que resume la aseveración de Felipe González.

Y a partir de aquí puso su esperanza en todos los ciudadanos. Dijo contar con el aliento de los jóvenes, las mujeres y los hombres sencillos, y alzó la vista hacia las tribunas donde, posiblemente, «habrá algunos de ellos. ¿Siguen nuestro debate? ¿Logramos ilusionarlos?», se preguntó en voz alta Felipe González.

«Me inspiro en esa visión, porque ellos son palabras de carne y hueso y en ellos pensaré a diario al hacer el camino.»